

de París una criada con una niña que no tenía tres días. Pues bien, la niña estuvo aquí tres años. Ella fué la que comenzó la casa. Desde entonces, la señora Firmin se interesa por mí y me envía niños á cada instante, de tal modo, que siempre he tenido cinco ó seis y he hecho mis ahorros. Pero he trabajado mucho. Al principio, apenas dormía; pero á medida que Luisa ha crecido, se ha dedicado á cuidar los niños con tantas afición, que la gusta más cuidar los ajenos que tenerlos ella. Sin embargo, podía haberse casado bien y la han pretendido más de veinte; pero no piensa en eso, se niega...

—Esa primera niña que criastéis ¿qué ha sido de ella?

La buena mujer dijo con amargura:

—No me habléis de ella. Es una ingrata. La miré como si hubiera sido hija mía y la quise casi tanto como á Luisa. Era de un carácter triste... Hablaba poco. La estoy viendo pasearse sola y estar sentada horas enteras aquí mismo, en este banco en que estamos nosotras mirando al agua de la laguna sin moverse.

—¿Era guapa?

—¡Muy guapa, muy fina, una verdadera alhaja.... Y siendo muy pequeña, tenía con frecuencia ocurrencias que me hacían llorar. Yo me llamo Catalina y ella me decía, tirándome de la falda: «¿Dime, Cate, por qué no tengo yo una mamaita que venga á verme como á las demas?»

Y como yo la contestaba que su madre había muerto, esto era todo lo que yo sabía de

lo que la concernía, preguntaba: «¿Y mi padre, ha muerto también?» Yo no sabía que contestarla. A pesar de su juventud, ella veía bien que no se la decía toda la verdad, y que se la debía ocultar muchas cosas. Pero no se incomodaba. Se marchaba á pasear por el campo sola, sin hablar á nadie...

—¿No habéis sabido nunca nada que os pudiera hacer sospechar algo de quién fueran sus padres?

—Nunca.

—¿No tenéis ningún indicio?

—Ninguno.

La aldeana se quedó pensativa y añadió:

—Tal vez me equivoque, pero me fijé en que desde que la niña llegó á esta casa, venía á visitarnos con mucha frecuencia una persona que nunca había entrado en ella.

—¿Y era?

—El conde de Corbière... Entraba en mi casa, examinaba las camas de los niños, se informaba de mis asuntos, me preguntaba como estaban los pequeños y siempre era á Elena á quien más miraba.

—¿Se llamaba Elena?

—¿Lo he dicho?

—Ahora mismo.

—Después de todo ¿por qué ocultároslo? Hace muchos años de esto. El conde ha muerto... La niña tendría unos tres años cuando murió el conde.... Pocas semanas después, la comadrona,—la señora Firmin, la otra había muerto,—vino á buscarme y se llevó la niña, diciéndome que querían ponerla en un colegio,

pero que había ocurrido una gran desgracia y que no tenía nadie que la protegiera. Y se la llevó...

Y volviendo á la pregunta de su cliente:

—Si—dijo—se llamaba Elena, Elena Noël...

—¿No la habéis vuelto á ver?

—Nunca. Ni aun he oído hablar de ella...

Hubiera querido saber que ha sido de ella. ¡Se donde están todos los demás que he criado!

La conversación fué interrumpida.

La hija de la nodriza, apareció en la puerta de la casa y las llamó con una seña.

Cuando la viuda y Teresa estuvieron cerca de ella las dijo en voz baja:

—Venid, los pequeños ya han tomado su ración, duermen; estaremos tranquilas.

Rolando, el hijo del capitán de Corbière, también dormía.

La nodriza llevó el niño á su camita, á pesar de las insistencias de Teresa á quien decía.

—No, no, estamos mejor y él también. Tiempo tenéis de verle después.

El día pasó como un sueño.

Después del almuerzo la viuda y Teresa se fueron á ver el castillo desde fuera de la verja, porque la condesa era poco hospitalaria y no la gustaban las invasiones.

Desde allí pudo admirar Teresa el lujo de aquella casa, menos grandiosa que la Ferté-Montarón, pero más alegre, con sus jardines floridos y su parque admirablemente trazado y cuidado.

De pronto se volvió hacia la nodriza y la dijo vivamente:

—¡Vámonos!

—¿Por qué?

Teresa indicó con el dedo una joven que salía del palacio y, se dirigía hacia la verja.

—Vámonos—repitió—no quiero que me vean aquí.

Y añadió con voz temblorosa:

—¡Es preciso que esa joven no sepa mi nombre, ni que ese niño es hijo mío!

La casa de la viuda no estaba lejos.

Las dos mujeres entraron en ella, casi en seguida.

La nodriza no comprendía la causa de aquella turbación de su cliente.

Fernanda de Corbière se dirigía hacia la casa de la nodriza.

—Viene á vernos á menudo—dijo Luisa;—es lo único bueno que hay en el castillo.

Fernanda llegaba ya á la casa.

Teresa se metió en un gabinete oscuro, al lado del dormitorio de los niños, recomendando á las dos mujeres:

—¡Silencio, y sobre todo no pronuncieis mi nombre.

Se arrepentía de no haber seguido el consejo de Krug y no haberse hecho llamar simplemente Teresa.

Pero para entrar en la clínica le había sido preciso decir su nombre y apellido.

Desde su escondite pudo oír sin ser vista la conversación de la joven y las dos aldeanas.

La señorita de Corbière hablaba con ellas como con dos amigas.

No había querido ir á Fontaine, aunque no

era más que por uno ó dos días, sin hacerlas una visita.

Se expresaba con la gracia familiar que usaba para todo el mundo.

—¿Y vuestros niños?— preguntó.

—¿Queréis verlos?

—No deseo otra cosa;

La aldeana y su hija entraron con ella en el dormitorio de los niños.

Recorrió todas las camitas y se paró al lado de la del recién llegado.

—No hace mucho tiempo que le tenéis— dijo;— es muy pequeño.

—No hace quince días.

—¿Cómo se llama?

—Rolando.

—¡Ah!

Fernanda pronunció esta exclamación como un grito de sorpresa.

—¿Rolando de qué?— dijo.

—No lo sé— dijo la aldeana sin ruborizarse.

Si se permitía esta mentira, era un poco también por deber profesional.

No se ruboriza uno cuando cumple con su deber.

—¿Sus padres?— repuso Fernanda.

—No los conocemos— dijo Luisa con viveza, fiel á la consigna.

La joven reflexionó un instante, pero no preguntó más por no ser indiscreta.

—Es muy hermoso— dijo,— y duerme bien, como un ángel de Dios que es. Volveré á verle.

Salieron del dormitorio, y al despedirse de la nodriza, le dijo:

—Ya lo sabéis, si necesitáis algo, dirigíos á mí. Os lo agradeceré.

Se dirigió hacia el palacio, y cuando Fernanda hubo desaparecido, salió Teresa de su escondite.

—¿La conocéis?— preguntó Luisa á Teresa.

—Sí. La condesa tiene un castillo en Sologne, y yo soy de aquel país... Puede haberme encontrado y conocerme... No quiero que sepa...

Repitió con energía.

—¡No lo quiero!... ¡Me incomodaría mucho!...

—Es una buena señorita— dijo Luisa,— que merece ser feliz. Tiene un pretendiente.

—¿Quién es?

—El marqués de Sauves, según se dice.

—¿Y qué tal es?

—No hablan mal de él; pero podría parecerse á los demás, y esto sería una lástima. Ella es una joven de primera.

Es decir: «de primera calidad».

Luisa no era charlatana, ni tenía mala lengua.

Se calló.

El día tocaba á su fin.

Teresa arregló sus cuentas con la nodriza, le pagó dos meses, setenta francos, más seis por el viaje, y se dispuso á marchar.

Tenía una hora de camino hasta Rambouillet.

—Podéis encontraros con algún mal intencionado en el camino— dijo Luisa, cuyos ojos brillaron y cuyos dedos se crisparon.

Había debido correr algún peligro que no

olvidaba; pero ella tenía alma para defenderse.

Y añadió:

—Lo mejor es no retrasarse.

—¡Bah!—dijo la madre.—Hay guardas por todas partes...

Luisa frunció sus espesas cejas castañas.

—Los guardas no son mejor que los otros—dijo.

—¿Los del castillo?

—Los del castillo lo mismo.

—¡Oh!—dijo la buena mujer escandalizada.

En el tono de la joven había evidentemente algo de rencor.

Teresa besó á su hijo con pasión y á las dos mujeres con cordial amistad.

Y, muy triste, se puso en camino para Rambouillet.

Luisa se empeñó en acompañarla, al menos un buen trozo de camino.

Cuando se separaron estaban, poco más ó menos, á la mitad de la distancia entre el castillo y Rambouillet.

—Me vuelvo—dijo la aldeana;—creo que ahora ya podéis estar bien tranquila.

—Y vos, ¿no tenéis miedo?—preguntó Teresa.

—¡Oh! ¡Yo!...—dijo Luisa apretando los puños.

No dijo más; pero un momento después, volvió Teresa la cabeza y la vió coger una gruesa piedra del camino y alejarse, llevándola en la mano, por un sendero extraviado.

Teresa apresuró su marcha, pero tranquila. Pensaba en el azar que la había llevado co-

mo por la mano á dos pasos del castillo de los Corbiere y colocado al nieta cerca de su abuela.

Se acordaba también de la singular historia de aquella Elena Noel, la primera criatura de quien se había encargado la nodriza.

Y se acordaba vagamente de haber oído ya ese nombre.

De pronto se dijo:

—Es la señora Escoubere.

Pero en el momento en que trataba de aclarar esta idea en su imaginación, un hombre alto y grueso salió de un sendero que cortaba el camino y, al encontrarse delante de ella se paró diciendo:

—¡Toma! ¡Mi compañerita de esta mañana! Era el guarda que había encontrado al ir á Fontaine.

—Entonces—añadió—iremos un rato juntos.

Con gesto desenvuelto se retorció el bigote, y dirigiendo sus ávidos ojos á Teresa, la preguntó:

—¿Vendrá usted á menudo á estos sitios?

Teresa contestó con voz apenas inteligible.

—No lo sé... tal vez.

Tenía miedo.

El guarda prosiguió:

—¿Tenéis un bebé en nodriza, en casa de la viuda Lapierre?

Teresa preguntó maquinalmente:

—¿Quién os lo ha dicho?

—Después de almorzar he dado una vuelta por el pueblo... Os vi en casa de la viuda...

—¡Ah!

—Teniais al pequeño sobre vuestras rodi-

llas... Era un cuadro interesante... Una hermosa madrecita... ¿Sin embargo, vos no sois casada?

Teresa se puso colorada de ira.

—¿Qué os importan mis asuntos—le dijo.

—Pero...

—Dejadme continuar mi camino en paz, os lo ruego.

El guarda, en lugar de separarse, se acercó más á Teresa.

—Yo creía—la dijo—que las mujercitas como vos eran más complacientes...

Ella no contestó.

Desaparecía el día.

El camino por entre los grandes bosques estaba cubierto de sombra.

La joven tenía el corazón muy oprimido.

Evidentemente aquel guarda, con su lenguaje meloso é irónico á la vez y sus aires de conquistador, tenía propósitos que ella comprendía demasiado bien.

Ya había notado una ó dos veces que había dispuesto el brazo como para rodearla el talle, y con un movimiento instintivo había ella evitado que lo consiguiera.

Poco á poco sus proposiciones se hicieron más atrevidas.

Teresa no le escuchaba ya.

Dirigía el oído hacia otro lado, sin dejar de vigilarle.

En lontananza, hacia el castillo de Fontaine, distinguía muy bien el ruido de un coche que se aproximaba.

Sin duda el guarda lo oyó también, porque quiso concluir bruscamente.

Teresa, para escapar á las galanterías del guarda, había abandonado el centro del camino y estaba á la orilla de éste; en aquel sitio el terreno se elevaba en talud.

De pronto el guarda la cogió por una mano y quiso atraerla hacia él.

Teresa lanzó un grito estridente.

El entonces, furioso, la cogió entre sus brazos, tratando de meterla en la frondosidad del bosque.

Pero Teresa, á pesar de su debilidad, se defendió con tanta energía, que lucharon un momento.

El coche, que venía muy de prisa, apareció en una revuelta del camino, á unos cien metros de donde ellos estaban.

—¡Golpe errado!—dijo el guarda con rabia. ¡Otra vez será!

La tiró brutalmente al suelo y desapareció al través del bosque, diciendo:

—¡Hasta la vista!

El coche llegó en aquel momento.

Era una victoria en la que no iba más que un joven recostado sobre los almohadones.

El cochero, al ver á aquella joven, despavorida, de pie á la orilla del camino, que tendía las manos hacia él, acertó el paso del caballo.

—¿Qué hay?—preguntó el amo.

—Caballero—suplicó Teresa—dejadme montar en vuestro carruaje, os lo ruego.

—¿Vais á Rambouillet?

—Sí, y tengo miedo.

—¿Miedo de qué, hija mia?

—De un hombre que me ha seguido y me ha amenazado.

—No me engaño—pensó el marqués de Sauvès—es la hermosa joven que salió de París esta mañana.

Y dirigiéndose á Teresa la dijo con amabilidad:

—Montad, sí, montad, os llevaré, y con mucho gusto...

A una seña del marqués el caballo se puso en marcha, después de haber montado en el coche Teresa.

—¡Cómo temblais!—dijo el joven, mirando á su compañera de viaje.

En efecto, Teresa estaba lívida.

Sus dientes chocaban; sus manos se agitaban en un temblor convulsivo.

—¿Qué es lo que os ha ocurrido?—la preguntó el marqués con tono cariñoso y acercándose más á ella.

Teresa le explicó la aventura en pocas palabras: un hombre la había seguido por la mañana cuando iba á Fontaine á pie y la esperó por la tarde en el bosque, pero al oír el ruido del coche había huido.

El marqués la hizo una porción de preguntas.

—¿Qué clase de hombre era? ¿Un leñador?

—No.

—¿Un vagabundo?

—No.

—¿Un guarda?... Esos mocitos son muy capaces de eso.

—No lo sé... Tal vez.

—¿Habéis venido pocas veces por aquí?

—Esta es la primera.

Teresa contestaba con voz alterada, dominada aún por la emoción que acababa de experimentar.

Había tenido valor un momento, pero se operaba la reacción. Estaba á punto de desfallecer.

—Vamos, ánimo—dijo el marqués.—No os vayáis á poner mala, ahora que el peligro ha pasado... Estais segura bajo mi custodia. No temais nada, no.

No pudo menos de echarse á reír.

Era la primera vez que se erigía en defensor de la virtud de las mujeres.

Hasta entonces había pensado más bien en atacarle, sin violencia sin embargo.

Se gloriaba de ser un seductor de primer orden y, no tenía, en general, preciso es decirlo, dificultad alguna en triunfar.

En primer lugar tenía una fortuna considerable, un poco mermada por prodigalidades, un poco hipotecada, con algunas brechas, pero reparables y que le permitían todavía moverse con desahogo.

En segundo lugar tenía un apellido ilustre, un título que tenía un verdadero valor y además era espiritual, elegante y buen mozo.

Cómo no conseguir su propósito el día que pensara en casarse y estaba decidido á hacerlo.

Era preciso concluir aquella vida.

Ya era hora de pensar en serio el asunto. Además, había encontrado un partido, y qué partido.

¡Soberbio!

¡La señorita Fernanda de Corbière!

La madre le había demostrado siempre una gran indulgencia.

La orgullosa y rígida condesa disculpaba al marqués de Sauves todas sus ligerezas.

Era tan amable con las jóvenes, tan solícito, tan cumplido con las viejas, que todas estaban de su parte.

En aquellos momentos estaba loco de contento por haber vuelto á encontrar á la hermosa joven que había llamado su atención aquella mañana en la estación de Montparnasse, y encantado de que el azar le hubiera convertido en su salvador. Esto le daba derecho á una especie de agradecimiento.

Y cuanto más la miraba en la semioscuridad que reinaba, más se prendaba de la pureza de su perfil, de la delicadeza de sus facciones y de la increíble finura de su cara, de una distinción completamente parisien.

No se cansaba de este exámen que hacía que Teresa se ruborizara.

El marqués hubiera querido que el camino en lugar de algunos minutos, hubiese durado horas.

En el momento en que la victoria salió del bosque para entrar en el llano que conducía á Rambouillet, miró su reloj.

—Al paso — dijo al cochero. — Tenemos tiempo.

Y dirigiéndose á Teresa en voz muy baja:

—No podeis figuraros lo feliz que soy en

haberlos podido ser útil en ese accidente... ¿Ya no teneis miedo?

—No.

—¿Volveis á París?

—Sí, señor.

—¿Vivís allí?

—Desde hace poco tiempo.

—¿Y antes?

—Vivía en provincias.

—Hubiera jurado que erais parisiense.

—Os hubierais engañado.

—Con ese aire tan distinguido...

—¡Oh! — dijo Teresa — es una distinción que me ha costado cien francos esta mañana en el Louvre.

—¡Bah!

—Os digo la verdad... Además, yo no hubiera podido gastar más.

—¿No sois rica?

—¡Ni mucho menos!

—La toilette no es nada, la manera de llevarla es el todo.

Se acercó más á su compañera de viaje, y mirando muy de cerca el dulce rostro de Teresa:

—Un poco de confianza — la dijo. — Yo no abusaré de ella. ¿Qué habeis ido á hacer á Fontaine?

—Pero...

—¿Conoceis á alguien allí?

—Hace pocos días no conocía á nadie...

—¿Y ahora?

—Conozco á una buena mujer que se ocupa en criar niños...

—¿La viuda Lapierre?

—Precisamente.

—Fernanda me ha hablado mucho de ella. La señorita de Corbiere quiero decir. ¿No la conocéis?

Teresa contestó evasivamente:

—¿Es una señorita del castillo?

—En efecto... Uno de sus placeres es ir á visitar á esa pobre mujer... Parece ser que esa buena nodriza ha criado á una infinidad de chiquillos... ¡Entonces tenéis un niño en su casa... ó un hermanito tal vez, porque sois muy joven!...

—No—dijo Teresa con franqueza.—¡un hijo!

Después de todo, ¿para qué ocultarle la verdad, puesto que estaba decidida á no revelarles su nombre?

Y sabe Dios cuándo volverían á encontrarse.

El marqués vaciló un segundo, y con voz muy insinuante dijo:

—¿Sois casada?

Esta vez su mirada hizo que Teresa se pusiera muy colorada.

—No... no...—murmuró la joven.

Hubo un silencio.

Allá á lo lejos, del lado de Maintenon, se oía el rodar de un tren que llegaba á toda velocidad.

El cochero se inclinó hacia el marqués.

—De prisa—ordenó el joven.

Pronto franquearon el espacio que les separaba de la estación, pero no tan pronto que llegaran antes que el tren.

El marqués levantó, por decirlo así, á fuer-

za de puños á su compañera de viaje, la llevó por la mano al través de las salas, y cuando estuvieron en el andén, sin darla tiempo para reflexionar, la hizo entrar, á pesar de sus protestas, en un coche de primera y se colocó á su lado.

Un empleado cerró con viveza la portezuela; silbó la máquina, y el tren se puso en marcha.

El marqués estaba radiante.

En el coche no había más que una anciana que debía venir de los confines de la Mayenne ó de la Bretaña, á juzgar por la manera de vestir.

—Caballero—murmuró Teresa,—me hacéis cometer una falta... Yo no tengo billete más que de tercera.

—De ida y vuelta, lo sé... No os ocupéis de eso... Yo me encargo de todo... Además, eso no es más que un pecado venial, y nosotros somos de esos á quienes no se les piden los papeles. Ya veréis.

Y empezó á preguntarla de nuevo.

—¿Qué hacía? ¿Buscaba una colocación? ¿En qué? Sería difícil... No había una, todas estaban ocupadas, sin excepción.

Después la hizo los mismos razonamientos que la había hecho el capitán de Corbiere en la habitación de la Boca del Lobo.

Teresa objetó:

—¡Con buena voluntad y ánimo ya encontraré!

¡Oh, él conocía bien Paris y tenía dudas; más que dudas, certeza!

No se encontraba en qué ganar una peseta.

Lo había oído decir muchas veces, porque por él, á Dios gracias, no había tenido que ocuparse de colocaciones, ni de empleos, ni de ganar dinero. El no sabía más que una cosa: gastarlo. Y con mucha delicadeza, con voz acariciadora, la preguntó:

—Vamos, sed franca; ¿no dejaréis de tener algún amigo?

—Sí, lo tengo.

—¿No tenéis recursos?

—Casi.

—¿Pero podéis esperar un poco esa colocación... ese empleo que vais á buscar?

Teresa pensó en su bolsillo, que estaba casi vacío, y contestó:

—Algún tiempo... sí.

El marqués insistió con mucha delicadeza:

—Las circunstancias en que os he encontrado, la vecindad del castillo de Fontaine, adonde volveréis cuando queráis ver á vuestro hijo, forman entre nosotros un pequeño lazo de amistad; al menos así lo espero. Tengo un vivo interés por vos... Yo no sé por qué; pero estas cosas son naturales... Prometedme que si alguna vez necesitáis de alguien, de algún apoyo, os dirigiréis á mí...

Teresa sonrió como ella sabía sonreír, y dijo meneando la cabeza:

—No hace más que un momento que me conocéis.

—¿Y eso qué importa?

—Y en cuanto nos separemos me olvidaréis.

—Jamás...

—Mañana mismo, si os encontrase en la calle, por casualidad, ya no me conoceríais...

—¡Oh! sí.

—Lo dudo.

—En resumen, ¿á qué os compromete hacerme esa promesa?

—A nada.

—Por mí, os juro por mi honor que seré feliz en poder servirlos.

—Os lo agradezco mucho.

—Entonces está prometido.

—¡Si queréis!...

Teresa hizo un pequeño movimiento de hombros que significaba:

—En efecto, una palabra no nos compromete ni al uno ni al otro. ¡No nos volveremos á ver!

Sin embargo, Teresa estaba conmovida por la generosidad de su compañero de viaje, conmovida también por el dulce sonido de su voz, por la dulzura de su mirada, de un no se qué de atrayente que había en su aire, en sus facciones, en toda su persona.

El tren marchaba á toda velocidad hacia París.

La joven experimentaba también un cierto bienestar al lado de aquel hombre que la hablaba con tanta bondad.

El tren pasó las fortificaciones y pronto acertó su marcha y se paró.

El marqués ayudó á Teresa á bajarse del tren, y la hizo que marchara delante de él, diciéndola:

—No temáis nada... Dad el billete con decisión.

La siguió.

Cuando salieron de la estación se unió á ella y la cogió de la mano.

Su cupé le esperaba.

Teresa, empujada por Sauve, se encontró de pronto sentada en los almohadones del coche.

—¿Adónde vais?—la preguntó el marqués.

—Pero no quiero.

—Os conduzco. Este será sin duda el último servicio que os prestaré, porque sois difícil de persuadir, rebelde á la amistad.

—Pues bien... Plaza de Saint-Germain-des-Pres.

—¿No viviréis en la iglesia?

No—dijo Teresa;—pero no quiero decirlo más.

—Bueno.

El marqués dió órdenes al cochero, se colocó al lado de ella, y mientras que el cupé seguía por la calle de Rennes, la dijo:

—Tomad mi tarjeta... No estáis obligada á confiarme vuestros secretos... Si me necesitáis para algo, escribidme. No seriais la primera á quien sirvo; pero os juro que jamás he tenido tanto placer en ello como tendría en servirlos á vos.

No dijo más.

Teresa cogió la tarjeta y se la metió en el seno sin mirarla.

Estaba emocionada.

¡El joven la hablaba con tanto cariño!

Cuando el coche se paró delante de la iglesia, el marqués cogió la mano de Teresa y la besó con una especie de pasión mezclada de res-

peto, como lo hubiese hecho con la de una gran señora.

—Adios—dijo Teresa.

—¡Hasta la vista!

Se separaron.

El cupé marchó hacia el muelle; Teresa entró en su casa.

Una gran tristeza se había apoderado de ella de pronto.

Al desnudarse para meterse en la cama sin comer, porque no tenía ni apetito ni provisiones, dejó caer al suelo la tarjeta de su nuevo amigo.

La cogió con interés y leyó:

EL MARQUÉS HUBERTO DE SAUVES

Calle de Anjou, 22.

Era el pretendiente de Fernanda de Corbiere.